

LA CALLE DE LOS OLIVOS

DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII SE FUERON ABRIENDO SENDEROS Y CALLEJONES QUE UNÍAN LAS ACTUALES AVENIDAS RECOLETA, INDEPENDENCIA Y FERMÍN VIVACETA. UNO DE ELLOS FUE EL “DE LOS OLIVOS”, QUE SE DIRIGÍA AL ORIENTE HACIA LA RECOLETA DOMINICA.

Por Sergio Martínez Baeza

La primitiva ciudad de Santiago del siglo XVI tenía estrechos límites, los que iban, de oriente a poniente, desde el Cerro de Santa Lucía hasta la Cañada de García de Cáceres (hoy Avda. Brasil)), del río Mapocho a la Cañada (actual Alameda B. O'Higgins), de norte a sur. Antes de expirar ese siglo se inicia tímidamente la expansión de la ciudad más allá de aquellos límites.

Hacia el norte, del otro lado del río, está la Chimba, zona agrícola y rural, que empieza a poblarse con agrupaciones populares, por concesión de solares que hace el Cabildo. Después, y más al norte, continúa el poblamiento, con propietarios de quintas, por subdivisión de las antiguas concesiones de tierras de extensión mayor. A fines del siglo XVII se registra un crecimiento que llega hasta la actual calle de los Olivos.

En la proximidad del río Mapocho subsiste un cordón de miserables ranchos, espacio desordenado y sucio, cruzado de tortuosos callejones. Más tarde, serán muy conocidos sus sectores llamados “El Arenal” y “El Campamento”. Más allá, hay casas y quintas de personas de mayor calidad. Allí vivieron los Corregidores Jerónimo de Benavides y Juan Pérez de Urazandi, los Obispos Manuel de Alday, Francisco de Borja Marán y José Antonio Martínez de Aldunate, el vicepresidente de nuestra Primera Junta Nacional de Gobierno.

Durante los siglos XVII y XVIII se van abriendo senderos y callejones que unen la “Alameda de la Cañadilla” (Independencia) con el “Camino Real de la Recoleta” y con el “Camino de las Hornillas (Avda. Fermín Vivaceta). Estas vías de tránsito se llaman “callejones”, algunos de ellos se van transformando en calles formales y día a día aumenta el número de vecinos, a los que atrae el lugar por la proximidad con el centro de la ciudad.

Entre estos callejones, el más frecuentado era el de “Olivos”, que conectaba la Cañadilla con la Recoleta y después seguía hacia el oriente, enfrentando la iglesia de los recoletos dominicos, con el nombre de “callejón de la Recoleta Dominica” (hoy calle Domínica). Otros callejones del sector, algunos innominados en su tiempo, dieron origen a las calles que hasta hoy existen, como las de Lillo, Manzano, Unión, Juárez, Vásquez, Andrés Bello, Dardignac, etc.

El callejón de Olivos debía su nombre a la hermosa quinta de un rico vecino, don Nicolás de los Olivos y Hurtado de Mendoza, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición, que había hecho una sólida fortuna en el comercio, poseedor de numerosos inmuebles en Santiago y de bodegas en el puerto de Valparaíso. Pero, era soltero

y sin herederos y, viendo la proximidad de la muerte, hizo venir del Perú a su sobrina doña Luciana Cabrera y Olivos, casada con el capitán don Juan de Aguilar Dávalos y madre de un infante llamado Francisco, al que su tío abuelo hizo su heredero, con la condición de anteponer el apellido Olivos a los suyos propios. Así, el niño pasó a llamarse Francisco Aguilar de los Olivos, Cabrera, Dávalos y Hurtado de Mendoza, estudió derecho en la Real Universidad de San Felipe, fue después catedrático de prima y cánones en esa misma alta casa de estudios y llegó a ocupar un destacado lugar en el Cabildo de Santiago. Casó con doña Josefa Pérez de Valenzuela y dejó en Chile larga descendencia del apellido Olivos.

Cabe agregar que, hasta 1852, no existió Casa de Orates en Santiago. Ese año, por iniciativa del vecino Francisco Ángel Ramírez se abrió un establecimiento de esa naturaleza en el barrio Yungay, pero el recinto muy pronto no dio abasto y fue necesario trasladar a sus huéspedes a una gran casona de la calle Olivos, tal vez la misma que albergara a la familia Olivos. Por 1900 la Casa de Orates había prosperado. Contaba con nueve patios para los diversos tipos de asilados, más un teatro con 550 localidades, y varios talleres en que los internos cortaban adobes y fabricaban escobas.

Las historias vinculadas a la Casa de Orates (hoy Hospital Psiquiátrico) son muchas. Roberto Merino cuenta algunas en su libro “Santiago de Memoria” (Stgo., Ed. Planeta, 1997). Yo oí contar al general Carlos Baeza, quien fuera secretario del Presidente don Pedro Montt, que este mandatario, antes de ser electo, había sido Director de la Casa de Orates. En una visita a este establecimiento, ya en posesión de su alto cargo, encontró allí a un antiguo conocido que lo abordó para contarle que su familia lo había recludo por motivos de dinero y pedirle que interpusiera su influencia para reparar tal injusticia. El Presidente Montt, conmovido por esta historia, pidió autorización a los médicos para que permitieran a su amigo acompañarlo hasta la puerta, al tiempo de retirarse. Estando en la vereda, lo abrazó y le prometió hacer cuanto estuviera de su parte para ayudarlo. Al darle la espalda para subir al coche, su amigo separó las colas de su levita y le propinó un fuerte puntapié en el trasero, haciéndolo rodar por el barro, al tiempo en que lanzaba estrepitosas carcajadas, demostrativas de su mal estado mental. El general Baeza, testigo presencial de este incidente, decía haber visto a la ofendida Presidencia de la República caída en el arroyo, a causa de la acción de un loco calificado de “inofensivo”.